

6

CUIDADORES COMO CLARET

Miércoles, 15 de julio de 2020

Meditación de la tarde

Oración inicial

*Dios y Señor nuestro,
que elegiste a la siempre Virgen María
como madre de tu Hijo y Madre nuestra;
haz que, por la fiel entrega a su Corazón materno,
nos configuremos más plenamente con Cristo
y cooperemos con su oficio maternal
en la misión apostólica. Amén.*

(Directorio Espiritual CMF, n. 18)

1. Petición al Señor

Señor, concédeme ser consciente del amor y el cuidado que has tenido de mí, desde la eternidad hasta la eternidad, y hazme cooperador tuyo en el amor y cuidado de los hermanos y de toda la creación.

2. Puntos para la meditación

Hemos visto ya dos elementos fundamentales de nuestra vida, que son la relación filial para con Dios y la relación fraternal para con los demás. Todo esto nos ofrece una base para profundizar un poco más ciertos aspectos. La filiación y la fraternidad van a suponer exigencias, pero nos van a dar una libertad; la libertad para poder darnos; por lo tanto, cuidar nuestra relación con Dios, con nosotros mismos, con los demás y con la creación. Todo esto expresa nuestra entrega de amor.

2.1. Libres para amar cuidando

Contrariamente a lo que podría parecer, Claret mismo nos dice que **su afición a la fabricación textil le estaba quitando libertad**, se estaba convirtiendo en una especie de adicción: “Todo mi objeto, todo mi afán, era la fabricación. Por más que diga, no lo encareceré bastante; era un delirio el que yo tenía por la fabricación. ¿Y quién lo habría de decir que esta afición tan extremada era el medio de que Dios se había de valer para arrancarme del amor a la fabricación?” (Aut 66). Dios le demostraba que no era tan libre como se imaginaba. **La frase evangélica que recordó era una llamada a recapacitar y recuperar su libertad**, tal como él mismo lo reconoció: “En medio de esta barahúnda de cosas, estando oyendo la santa Misa, me acordé de haber leído desde muy niño aquellas palabras del Evangelio: *¿De qué le aprovecha al hombre el ganar todo el mundo si finalmente pierde su alma?* (Mt

16,26). Esta sentencia me causó una profunda impresión... fue para mí una saeta que me hirió el corazón; yo pensaba y discurría qué haría, pero no acertaba” (Aut 68).

Otro momento significativo, aún antes del *Quid prodest*, había sido cuando **se atrevió a enfrentarse a la voluntad de su padre por primera vez**, rehusando la propuesta hecha por algunos señores de que pusiesen una fábrica por cuenta propia (cf. Aut 63). Claret sentía interiormente repugnancia “en fijarse” en este tipo de “intereses” y rechazó la propuesta porque comenzaba a sentir la llamada a otro tipo de libertad, la del Padre, por más que “en este tiempo no lo conocía ni pensaba en ello” (Aut 64).

Cuando ya tenía clara y vivía su vocación apostólica, tuvo al menos **dos momentos decisivos en que creyó que se le quitaba la libertad para ser misionero**, a la cual creía que Dios le había llamado. Estos fueron cuando tuvo que aceptar dos nombramientos, el de ser arzobispo de Santiago de Cuba y, más tarde, el de confesor de Isabel II. En el primer caso, la idea que tenía de obispo la interpretaba en contradicción con su clara vocación misionera: “Mas así yo me ato y concreto a un solo arzobispado, cuando mi espíritu es para todo el mundo: ni aún en este punto pequeño del globo podré predicar tanto como quisiera porque he visto con mis propios ojos los muchos negocios a que tiene que atender un Arzobispo” (EC, I, 305-306). En realidad, luego se dio cuenta que estaba ganando libertad para ser arzobispo misionero en aquel vasto territorio. Y en Madrid, cree que la situación

iba a ser peor que en Cuba ya que le pedían limitarse a una sola oveja y moverse en medio de las intrigas cortesanas (cf. EC, I, 1332-1336).

A pesar de sus resistencias, en cada una de estas ocasiones **fue descubriendo una nueva libertad** para poder cuidar de y darse a los demás. Esta libertad era expresión de la armonía interior que Claret estaba tratando de vivir. **El símil del compás** manifiesta claramente el propósito que tenía de vivir centrado en Dios y en libertad para servir y cuidar a los hermanos: “Me figuraré que mi alma y mi cuerpo son como las dos puntas de un compás, y que mi alma, como una punta, está fija en Jesús, que es mi centro, y que mi cuerpo, como la otra punta del compás, está describiendo el círculo de mis atribuciones y obligaciones con toda perfección...” (*Propósitos de 1866*, en AEC, 713).

2.2. Modos de vivir el cuidado

Claret se sintió libre y en armonía para cuidar **cuatro ámbitos fundamentales** de su vida: la relación con Dios, consigo mismo, con los demás y con la naturaleza. Para ello, trató de cultivar algunas actitudes o virtudes que consideraba fundamentales.

Llama la atención que Claret dijera que **la primera virtud que procuró como apóstol fuera la humildad**. Lo hizo tanto respecto de sí mismo como en su relación con los demás. Es sintomático que de esta virtud,

por lo que sabemos, es de la que durante más años llevó examen particular: “Todos los días lo hice por el mediodía y por la noche y lo continué por 15 años y aún no soy humilde...” (Aut 351). Como él mismo dijo a propósito de su modo de vestir durante la juventud, que le gustaba hacerlo de forma elegante, “quizás demasiada” (Aut 72); también en su época de misionero “observaba en mí algún retoño de vanidad...” (Aut 351). Ya cuando estaba en Vic de seminarista descubrió la importancia de esta virtud y cómo Dios lo fue caldeando como en una fragua para convertirlo en un apóstol humilde: “Vos, Señor mío y Maestro mío, pusisteis mi corazón en la fragua..., y así, caldeado mi corazón en el fuego del amor a Vos y a María Santísima empezasteis a dar golpes de humillaciones, y yo también daba los míos con el examen particular que hacía de **esta virtud, para mí tan necesaria**” (Aut 342).

Por lo que se refiere a su ministerio apostólico, la humildad le ayudaba, por un lado, a relativizar tanto las críticas, calumnias y humillaciones como los éxitos, los halagos y las adulaciones (cf. Aut 353). Por otro lado, tal como él mismo afirma: “con las ganas que a veces sentía de hablar de los sermones, etc. habría cacareado como las gallinas, y habría perdido todo el fruto...” (Aut 354). Es decir, **la humildad le ayudó a no dejarse afectar excesivamente ni por lo favorable ni por lo adverso y a dar solo la gloria a Dios.**

“La humildad es como la raíz del árbol y la mansedumbre es el fruto” (Aut 372). De su experiencia, Claret deduce que **no hay virtud que atraiga tanto a**

la gente como la mansedumbre (cf. Aut 373). Llega incluso a decir que esta virtud “es una señal de vocación al ministerio de misionero apostólico” (Aut 374). En cambio, le consta por experiencia: “que el celo amargo es arma de que se vale el diablo, y el Sacerdote que trabaja sin mansedumbre sirve al diablo y no a Jesucristo...” (Aut 376). “No pocas veces el mal genio y la ira o falta de mansedumbre se encubre con la máscara del celo...” (Aut 378). El amor a los hermanos le llevaba al cuidado en el modo de tratarlos, de allí la importancia que dio al cultivo de la humildad y la mansedumbre.

“Había observado que **la santa virtud de la pobreza** no sólo servía para edificar a las gentes y derrocar el ídolo de oro, sino que además me ayudaba muchísimo para crecer en humildad y para adelantar en la perfección...” (Aut 370). En el cuidado de sí mismo, la pobreza le ayudaba a mantenerse libre, sin apegos ni apetencias, prescindiendo de que la gente lo viera o no. En el cuidado de los demás, la pobreza le ayudaba a garantizar su servicio misionero desinteresado sin aprovecharse de los demás para el beneficio propio. Esto lo mantuvo hasta el final, por ejemplo, cuando tuvo que viajar a Roma en 1865. El P. Xifré se encargó de buscar hospedaje; para ello acudió al mercedario P. José Reig, por muchos años antiguo compañero en la casa-misión de Vic. Dicho padre respondió a su solicitud diciendo: “Con nosotros estará con pobreza, pero con libertad, con los jesuitas estará con más abundancia, pero con menos libertad, con los paúles puede estar con mucho retiro. Elija pues S.E...” (*Carta de Reig a Xifré*, en *Epistolario de Reig*, 117-118). Y ya sabemos que

tanto en esta ocasión, 1865, como más tarde, 1869-70, escogió el convento de San Adrián de los mercedarios, es decir, la pobreza y la libertad.

“Una de las cosas en que **el Señor me dio a conocer que convenía se mortificase el misionero** era en la *comida* y la *bebida*...” (Aut 403). Ya desde sus correrías misioneras por Cataluña y Canarias, siempre trató de vivir de forma austera y sobria porque estaba convencido que así edificaba a los demás. Por ejemplo, hablando de los convites, a los que tenía que asistir en el palacio real, afirma: “es el día que como menos. Solo acostumbro comer una cucharadita de sopa y, finalmente, una pequeña fruta, y nada más; vino tampoco bebo; solo agua. Por supuesto, todos me miran y todos quedan sumamente edificados” (Aut 408). Por otra parte, él mismo reconocía que: “yo, naturalmente, gusto más de unas cosas que de otras, como todos...” (Aut 410). Incluso señala algunas cosas que le gustaban: la carne, el vino, el aguardiente y licores, que en otro tiempo los había bebido; sin embargo, “esta abstinencia de comida y bebida he conocido que es muy edificante y en el día de hoy necesaria...” (Aut 405; cf. 410).

Esta austeridad no era para atraer la atención de los otros sobre sí mismo sin más, sino para recordarles, según la ascética de su época, la imagen de Cristo en el Evangelio, que **era el modo apostólico de cuidar de los demás**. De allí que lo recomendara también a sus misioneros: “Hallándome en Segovia el año de 1859, día 4 de septiembre... me dijo Jesucristo: *La mortificación en la*

comida y bebida has de enseñar a los Misioneros, Antonio. Y la Santísima Virgen, a los pocos minutos después, me dijo: Así harás fruto, Antonio” (Aut 406).

2.3. Algunos cuidados específicos

Podemos ver que **el cuidado de los demás como misionero fue una constante en toda su vida**. En Viladrau, ante la falta de médicos a causa de la guerra civil: **“...Me fue preciso hacer yo de médico corporal y espiritual... y así fue como empezó a correr la fama de que yo curaba, y venían enfermos de diferentes lugares”** (Aut 171).

La predicación itinerante de las misiones populares en Cataluña y Canarias y la organización de instituciones apostólicas fueron una respuesta a una necesidad que él mismo constató, tal como lo expresó en la carta al Nuncio renunciando al nombramiento episcopal el 12 de agosto de 1849: **“...Viendo la grande falta que hay de predicadores evangélicos y apostólicos** en nuestro territorio español, los deseos tan grandes que tiene el pueblo de oír la divina palabra y las muchas instancias que de todas partes de España hacen para que vaya a sus ciudades y pueblos a predicar el Evangelio...” (EC, I, 305).

Para Claret **el anuncio del Evangelio era el remedio espiritual que más necesitaba el pueblo** que estaba herido por la guerra e imposibilitado de escuchar a los predicadores. Así se expresaba escribiendo

a D. Jaime Soler, canónigo de la Catedral de Vic y rector del seminario. En 1842, ellos tenían el proyecto de formar en la predicación, en la parroquia de San Juan de Oló, donde Claret estuvo refugiado durante nueve meses, a los seminaristas de los últimos años. Como el general B. Espartero había bombardeado Barcelona, el canónigo creyó que era oportuno suspender aquella iniciativa, a lo cual Claret le respondió: “... Ya me parece que lo veo más asustado que una abubilla atendiendo a las noticias del día y yo le digo que, en lugar de acobardarme, son para mí espuelas que me empujan a trabajar; quien sabe que será un reventarse del forúnculo y una vez reventado necesitará nuestro remedio” (EC, I, 115-116). De allí que, durante toda la década de los cuarenta tuvo cuidado de aquel pueblo hambriento de la Palabra. **Con audacia y valentía** recorrió los caminos llevando este remedio.

En Cuba, los cuidados se multiplicaron. En mayo de 1852 escribió a la Reina, al finalizar su primera visita pastoral: “Ya he recorrido, Señora, gran parte de mi vasta Diócesis; ya he palpado por mí mismo las llagas de que adolece; he estudiado el mal en sus resultados; he descubierto su origen, y no es otro que abandono y perfidia...” (EC, I, 647). Dicho abandono era doble, el pueblo se sentía abandonado por sus sacerdotes porque ellos mismos se encontraban en situación de abandono tanto espiritual como material. Y dicha perfidia él la veía en el ataque de las sectas protestantes y en la explotación del pueblo por parte de hacendados y autoridades.

Durante los años que estuvo en la Isla, no hizo otra cosa que cuidar las múltiples dolencias de aquel pueblo: **“Con la ayuda del Señor cuidé de los pobres.** Todos los lunes del año... reunía a todos los pobres de la población en que me hallaba, y como a veces son más pobres de alma que de cuerpo, les daba a cada uno una peseta, pero antes yo mismo les enseñaba la doctrina cristiana... muchísimos se confesaban conmigo, porque conocían el grande amor que les tenía, y a la verdad, el Señor me ha dado un amor entrañable a los pobres” (Aut 562).

Estos pobres tenían rostros diversos. Apenas llegado a la Isla, se preocupó por atender la grave situación moral y económica de **sus sacerdotes** (cf. Aut 551-553). Quedó impactado ante la enorme tragedia de **los esclavos**, pero sabía que si denunciaba públicamente este mal sería desterrado de inmediato. De allí que tomó una actitud realista y práctica. Con prudencia y astucia, reconoció la dignidad de los esclavos y exigió que fueran tratados como auténticos miembros de las familias a las que servían (cf. *Carta pastoral al pueblo*, en *Escritos pastorales*, Madrid 1997, 277-284). Otro grupo de pobres que no le dejó indiferente fue el de **las mujeres negras explotadas y abusadas** por los poderosos; para ellas luchó denodadamente en favor de una interpretación amplia de las leyes hasta conseguir la obligatoriedad del matrimonio mixto, en aquellos casos (cf. *Carta a D. Lorenzo Arrazola*, en EC, I, 830).

Para **los campesinos**, que se encontraban abandonados a su suerte, además de atenderles

pastoralmente, escribió para ellos dos obritas: *Reflexiones sobre agricultura* y *Las delicias del campo* (cf. Aut 568). Esta última tuvo un gran éxito y justamente fue escrita pensando en la *Casa de Beneficencia* que comenzó a instalar en Puerto Príncipe, pero que no pudo concluir. “El plan de esta obra era recoger a **los niños y niñas pobres**, que muchos de ellos se pierden por las calles pidiendo limosnas...” (Aut 564). Sin embargo, consiguió fundar en Santiago, con la Madre Antonia Paris, una Congregación religiosa para la educación de las niñas y gestionó la venida de algunas congregaciones educadoras masculinas, aunque llegaron después de su partida.

Un momento particularmente dramático de ayuda al pueblo tuvo lugar en 1852. Desde agosto hasta diciembre, la Isla sufrió **varios terremotos** que provocaron graves destrozos en muchas poblaciones. Además, en octubre, la ciudad de Santiago, de manera especial, comenzó a sufrir una **devastadora epidemia del cólera morbo**, que llegó a cobrar la vida de 2.734 habitantes. El panorama de la ciudad era macabro: gente que pedía auxilio, abandonada, cadáveres que se amontonaban porque nadie se atrevía a tocarlos. El 20 de diciembre, Claret escribió al Nuncio diciéndole: “Dios Nuestro Señor nos prueba por todo estilo, singularmente con terremotos, peste y como si fuera poco, se ha añadido **un incendio** en esta Ciudad de Santiago, que es la ciudad que más ha sufrido, de modo que por dos veces he suspendido la Misión y Visita, para venir a **consolar y asistir** a los de esta Ciudad...” (EC., I, 733).

En Madrid, amplió su idea de pobreza. No existía solamente una gran pobreza económica, sino también, una pobreza humana y era precisamente **el caso de la Reina**. La historia se ha encargado de resaltar los excesos de la vida afectiva de Isabel II; sin embargo, la entrenada mirada de Claret como cuidador le permitió descubrir detrás de la soberana a una mujer necesitada de la misericordia de Dios y de una palabra cercana que la ayudara a orientar mejor su vida cristiana (cf. Aut 614-624).

La casa de Claret en Madrid se convirtió en lugar de acogida de los pobres. Su primer biógrafo dice: **“Su casa parecía la de los pobres...** a la hora de audiencia era tanto el concurso de mendigos y necesitados que en algunas ocasiones costaba trabajo el penetrar por en medio de ellos y subir la escalera” (F. AGUILAR, *Vida del E.I. D. Antonio María Claret...*, Madrid 1871, 292). Ya en los propósitos de 1857, había escrito: “Para todo lo que mira a mi persona, comida, cama y vestido, seré como avaro, tacaño y mezquino; pero **seré generoso para los amigos y compañeros y pródigo para los pobres y necesitados**” (AEC, 681-682). Efectivamente, un día escribió a uno de sus colaboradores de Cuba explicándole que se encontraba urgido de dinero por diversos gastos “y la multitud de pobres, que se me comen vivo, y así me hallo en el caso de pedir limosna” (EC, I, 1422). Incluso un día empeñó su pectoral arzobispal para auxiliar a una persona necesitada.

Su actitud de cuidado se reflejó también en la naturaleza, basta pensar en la situación en la que encontró

las fincas del Monasterio de El Escorial y cómo se preocupó en que fueran productivas. Un elemento, por ejemplo, fue su preocupación por el aumento de miles de árboles frutales, entre ellos unos perales de exquisita calidad... (cf. C. FERNÁNDEZ, *El Beato...*, II, 113-114).

Idéntico **cuidado de la tierra** había vivido ya en Cuba, cuando procuró una **pequeña reforma agraria** con terrenos desamortizados que estaban abandonados y no quería que pasaran a manos de los más ricos (cf. A. CLARET, *Reflexiones sobre la agricultura*, en *Escritos Pastorales* [EP], 302). La misma *Casa de Beneficencia* en Puerto Príncipe estaba pensando como una escuela para enseñar a los niños, entre otras cosas, a cultivar la tierra (cf. Aut 564). En el plan de la finca, se nota su interés y cuidado por la naturaleza: “Toda la extensión de la finca yo la había hecho amurallar y cercar..., y tanto alrededor como en las líneas de los cuadros hacía plantar de árboles de la Isla y de afuera, que allá se podían aclimatar y utilizar, como un jardín botánico, enumerando a todos los árboles, y por números puestos en un libro en que se explicase la naturaleza de cada árbol, su procedencia, su utilidad, el modo de propagarse y mejorarse, etc., etc. Al efecto, yo, **por mis propias manos, había sembrado más de cuatrocientos naranjos**, y crecían admirablemente...” (Aut 567). Hasta cuando iba por los pueblos a predicar, no olvidaba de transmitir su amor por el cuidado de la naturaleza: “Este amor y deseo de su bienestar me obligaba en el decurso de la misión y visita pastoral por las parroquias de los campos... a enseñarles **el modo de**

sembrar y plantar e injertar...” (A. CLARET, *Reflexiones sobre la agricultura*, en EP, 299).

Sin darse cuenta, estaba redescubriendo **sus raíces agrícolas**, que le venían de la familia materna. Hubiera sido también un buen agricultor. Esto explica que, luego, en Viladrau, conociera el valor curativo de las hierbas y las utilizara para cuidar a los enfermos (cf. Aut 171).

2.4. Llamados a vivir como cuidadores

Claret releyó su vida desde la siguiente clave: **“La divina Providencia siempre ha velado sobre mí de un modo particular...”** (Aut 7). Así lo fue experimentando a lo largo de su vida; por ejemplo, cuando pasó por Marsella, camino de Roma para ofrecerse como misionero, al recibir las atenciones de un sujeto anónimo, afirmó: **“...Todos aquellos cinco días estuvo conmigo tan fino, tan atento, tan amable y tan ocupado de mí**, que parecía que su gran Señor le enviaba para que me cuidara con todo esmero...” (Aut 128).

Saberse cuidado por Dios a través de los demás le llevó a cuidar de los hermanos en nombre de Dios. Lo expresó en sus propósitos de 1865: **“Tendré para con Dios corazón de hijo y de esposa; para conmigo, corazón de juez, y para con el prójimo, corazón de madre”** (EAC, 711). Esta misma actitud recomendó a sus misioneros cuando en su último escrito sobre la Congregación, en 1870, les dijo: **“María Sma. se valdrá de ellos como de brazos y como de**

pechos de Madre para criar a estos hijos a la manera de una Madre que busca una ama o nodriza. Los misioneros son las nodrizas...” (EAC, 828). Es significativo que al final de su vida, Claret aplicara apostólicamente lo que él vivió físicamente en su más tierna infancia cuando fue cuidado por una nodriza (cf. Aut 7). **Toda su vida fue una experiencia de ser cuidado y cuidar.**

¿**Cómo traducir** todo lo que hemos visto en la entrega y la ascesis de Claret **para el momento actual**? Estamos en una sociedad que habla mucho de libertad y en realidad corremos el riesgo de quedar atrapados, sin darnos cuenta, en una serie de condicionamientos que limitan nuestra libertad. Nuestra vocación cristiana y misionera es **una llamada a** estar atentos para **ser libres** y, así, poder amar y cuidar a nuestros hermanos.

¿**Cómo podemos ser concretamente libres para cuidar**? Habrá circunstancias en las que la misión nos exigirá vivir en una dura situación de pobreza con el pueblo; en otras, supondrá siempre la superación del consumismo y de un fácil aburguesamiento, en los cuales con tanta facilidad nos podemos instalar, hasta sin darnos cuenta. Otra tentación puede ser el uso adictivo de los medios de comunicación y de las nuevas tecnologías, incluso justificando excesos bajo capa de motivaciones apostólicas. Todo, siempre con la misma finalidad: **ser libres para cuidar apostólicamente a los hermanos**. Solo quien es capaz de renunciar y privarse de gustos, que podrían parecer justificables, estará realmente disponible para entregar su vida cuidando a los demás.

3. Pistas para el tiempo personal

- 1.** Relee y reflexiona los textos de Claret que hemos ido citando a lo largo de la meditación.
- 2.** Pensando en la sociedad y en el ambiente concreto en el que te encuentras (comunidad o familia), ¿eres realmente libre o te autoengañas fácilmente? ¿Qué es lo que te tiene atado y cómo estás llamado a superarlo?
- 3.** ¿Cómo te cuidas a ti mismo de acuerdo a tu vocación y misión? ¿Cómo cuidas a los demás (comunidad, familia, pueblo)? ¿Cómo cuidas de la creación, verdadera casa común que todos compartimos?
- 4.** En un momento de oración, agradece a Dios el cuidado que tiene de ti. Y pídele ser imagen suya en el cuidado de ti, de los demás y de la naturaleza.

Carlos Sánchez Miranda, CMF